

Sorpresa en York

AUTORA

BEATRIZ JEANNETHE NAVAS

Sorpresa en York

Iba de Londres a York, leía *Balas de plata* de Elmer Mendoza, quería acabar la lectura antes de llegar, porque mi hija difícilmente me dejaría en paz. Todos los días inventaba programas para mí. Se le había vuelto una obsesión cuidarme luego de la muerte de su madre.

La gente subía y bajaba en las diferentes estaciones sin hacerme perder la concentración en la lectura. Solo aquel olor de cabello recién lavado me hizo crispas el cuerpo. Levanté los ojos y miré al frente. El vidrio del tren reflejaba el rostro de la mujer que acababa de sentarse junto a mí. ¡Era ella! Aún conservaba esos rasgos que me fascinaron cuando la conocí. Pequeñas arrugas rodeaban el contorno de sus ojos y la comisura de sus labios, pero seguía siendo bella. Me quedé quieto contemplándola, la emoción no me permitía respirar. Vi la delicadeza con la que se quitó sus guantes y los guardó en la cartera. De inmediato, recordé sus manos subiéndome las mangas de la camisa cuando olvidaba hacerlo antes de iniciar el procedimiento de enyesado. Muchas veces, no me las subía a propósito; necesitaba el pretexto para sentir el contacto de su piel. Sus manos, esas manos que imaginé tantas veces moldeando caricias en mi cuerpo, estaban allí, tenían algunas pecas propias de la edad, pero sus dedos continuaban igual, no se habían deformado con los años. Aún llevaba puesta su alianza matrimonial.

Aflojó su bufanda y sacó de ella el cabello húmedo, al hacerlo, rozó mis mejillas impregnándolas de su olor: el mismo olor de manzana fresca. Al darse cuenta dijo:

—Perdón, señor —, y volteó el rostro. Sus ojos se iluminaron cuando reconoció el mío.

—¿Paul? —El corazón seguía acelerado, aún no me reponía del impacto de volver a verla. Ese nombre pronunciado por ella sonaba como rasguño de brisa. Todos me decían Pablo, solo ella me llamaba Paul.

—¡Natalia! —susurré. De sus ojos volvieron a saltar los mensajes que treinta años atrás habían perturbado mi alma, y ahora la volvían a perturbar.

Sus labios pintados de rojo carmesí sonrieron. Todavía se hacía en su mejilla aquel hoyuelo.

—¡No lo puedo creer! Es increíble encontrarnos en un sitio tan lejano a nuestro lugar de origen —me dijo.

—¿Estás de vacaciones? —le pregunté.

—No. Vivo en York.

—¿Y tus hijos?

—El menor estudió en Oxford y vive en Londres. Vivo con el mayor. Es catedrático de la universidad de York. Después de la muerte de mi esposo los visité, me convencieron de quedarme. Y aquí estoy.

—¿Murió?

—Sí, entró en coma diabético y los médicos no pudieron hacer nada.

Yo empezaba a creer que existía el azar. El destino se empeñaba en actuar a mi favor. Tenía frente a mí a la mujer que tanto había amado en silencio, de la que sólo recordaba el perfume de su pelo y sus manos rozando mi piel. Gozamos lo que quedaba del trayecto. Disfruté el paisaje que nunca me había emocionado. Apreciamos los cultivos de cebada y la sinuosidad de las montañas que rodeaban York. Con ella, todo tomaba una dimensión distinta, todo tenía color y sentido. Las horas pasaron volando, las vergüenzas y los rubores de otros tiempos nunca aparecieron en ella. Nuestras almas parecían no haberse separado nunca.

Llegamos a York justo a la hora del té. De inmediato, le sugerí ir al salón “Bettys”. Ella aceptó encantada. Pedimos té negro acompañado de torta de chocolate, y trufas de champán. Yo no dejaba de mirarla, sentía su femineidad cuando mordía cada trufa. Sus ojos se cerraban para sentir el crujir azucarado y luego el deleite del ganache con sabor a champan. Su lengua jugaba con el meloso chocolate. Luego repasaba sus labios. Era una visión inquietante, solo interrumpida por las anécdotas que encadenaba, entre bocado y bocado, con el tono musical de su voz. De pronto, a un gran suspiro le siguió un breve silencio.

—¿Qué pasa?... ¿por qué callas? —pregunté.

—Acabo de recordar el día en que nació mi hijo Juan Pablo. Cuando desperté de la anestesia encontré un sonajero y una rosa roja sobre la almohada—volvió a callar. Temblando tomó mi mano, su piel reconoció mi piel, lo sentí, volví a llenarme de ella.

—¿Fuiste tú, verdad?

—Sí, fui yo. Quise hablarte, pero estabas dormida, cuando regresé ya te habías ido del hospital y, nunca más volví a saber de ti.

—¿Siempre supiste que te amaba y que no dejaría de amarte nunca?

—Sí, —respondí—, besando su mano.

—Yo tampoco he dejado de amarte. Miré sus ojos, acaricié su rostro. En ese momento comprendí, que nunca más volvería a tener fríos de ausencia.